

Juan Guzmán Cruchaga

Por María Carolina Geel

Si recorremos los caminos de la poesía desde los más remotos tiempos a que alcanza el profano en ella y así sea deteniéndonos sólo en los genios que la alumbraron, se halla un sentimiento que la recorre: el de "algo" perdido. Es un algo de origen metafísico, conatural, aun cuando excedido o por encima del común vivir humano. Decimos tiempos muy remotos porque tal sentimiento lo hallaremos como esencia substancial, si puede decirse, ya en aquel extraño ser de sorprendente genio que se llamó Empédocles de Agrigento, cuya poesía, pese a lo escaso que de ella ha quedado, resulta extrañísima, pues sus rasgos pueden ser propuestos paralelamente a la más alta poesía surrealista actual. Y lo hallaremos también en expresiones de poetas que existieron en las civilizaciones aztecas e incásicas, en antiguos poetas chinos, etc.

A causa de la admiración que, personalmente, hemos rendido y rendimos a los poetas, nos ha tocado especular bastante sobre la imponderabilidad de ese sentimiento (lo llamamos tal porque a nuestro ver va más allá de una percepción o sensación), y así creemos ver que él se resuelve, mejor dicho, se transforma en expresión poética, centrándolo, no conscientemente, en un ser o cosa perdida, como sería el caso del Dante, del Petrarca, de Gabriela, aun de Khayyam y tantos otros, ser o cosa que a su vez sufre mutaciones como sujeto cristalizador.

Estas reflexiones se hacen presentes durante la lectura del reciente libro de poemas de Juan Guzmán Cruchaga, (*Sed* — Ediciones Universitarias de Valparaíso, Colección Cruz del Sur, 1978), uno de los poetas más finos, acaso el más fino que ha dado esta tierra. (Con motivo de publicarse la segunda edición del drama en versos de Guzmán, *María Cenicienta* o *La Otra Cara del Sueño* —dejamos dicho —Revista PEC— que se trata de una pieza teatral "única" que da verdadera y alta categoría al drama en versos en nuestro país, drama escrito en romances estilizados por la más pura gracia).

Leyendo este nuevo libro, decimos, hallamos en él como *leit-motiv*, aquel "algo" perdido de que hablamos, que habita indeleble en el alma abismal de los grandes poetas y que aquí encarna en el amor arrebatado por la muerte. ¿Tuvo ese amor lo infinito que el poeta canta o fue "un" amor que al desaparecer atrajo como imán el dolor vital del poeta? Cuando dice en un verso: "Mi corazón quería el más lejano sueño". ¿Lleva implícito el reconocimiento de una imagen más trañada que real? Nos guardamos muy mucho de corroborar o negar...

Lo más excelente, para nuestro gusto, que guarda esta obra son los sonetos, los cuales cubren la primera parte del volumen. Sonetos de una gran perfección formal que sustenta la delicadeza del pensamiento elegíaco.

Y es que la fuerza de penetración en la poesía de Guzmán Cruchaga reside, precisamente, en esa su expresión sutilizada de "tono menor", como dicen con frecuencia los críticos (aunque en música suele ser la tonalidad menor la más dramática y de mayor poder subjetivo). Otro rasgo que aparece notorio es lo que llamaríamos su fidelidad a la construcción clásica de los poemas, no obstante que ella representa para algunos una etapa ya realizada de la poesía.

No lo vemos así. Y a este propósito recordamos haber leído en una lejana entrevista a Arnold Schön-

berg, un revolucionario en música, que éste habría expresado: "on reviens tou jours", refiriéndose a cierta obra suya aparecida a la sazón la que contenía formas de tipo clásico. Entendimos en esa frase que se trataba, no de una vuelta a lo ya hecho, sino de que las fuentes del arte son imperecederas, cualesquiera sean las formas que las búsquedas del artista lo lleven a adoptar. En este sentido, ¿quién, que de veras ame el arte poético, no reacciona en el acto mismo al leer las estancias de Jorge Manrique como ante una expresión lingüística singularmente poética, al igual como reaccionará frente a la categoría de un verso de Neruda, sea de su producción más hermética? Tan singular es también el encantamiento que hay en un verso, un dístico o un terceto de un poema de Guzmán Cruchaga, *exempli gratia*:

Y detrás del relámpago
irrumpe el aguacero
y mi dolor callado
O este mero goce de las palabras:
Un aroma que vive
entre la suavidad de dos fragancias

Como una confirmación más a los supuestos que expresamos al comienzo, transcribimos el segundo cuarteto del Soneto titulado *Los Mismos Ojos*, de sentido un tanto esotérico:

Porque eres y no eres y no eras
y no serás y yo lo sé, viniste
sin existir, razón de lo que existe
porque al hallarte desaparecieras
Igualmente extraños resultan los seis versos finales del poema sobre la Vida:
y que cada dos mil o tres mil años
te acercas y me entregas la alegría
de tu presencia, mía, siempre mía
y que vienes a mí sólo un instante,
pero el instante de tu cercanía
es más eternidad que el infinito.

Pocos poetas hay tan entregados a su arte como Juan Guzmán Cruchaga. Al cual arte rinde un profundo culto, celando en él sus más sagrados intereses.

En más de una ocasión hemos expresado nuestro parecer en cuanto a que la poesía y los poetas deberían ser comentados y analizados solamente por otros poetas, esos que saben del proceso de la creación y en la gaya ciencia, distinto, por cierto, del que rige la creación prosaica.

Como quiera que sea, anticipamos uno de los sonetos que inician el libro. Su título, "Ávila. Teresa de Jesús".

Quise vivir un día de tus días
buscando claves de tu sentimiento
y vi en la austeridad de tu convento
por qué morías porque no morías.

Que más ganabas cuanto más perdías
silbó el endemoniado pensamiento.
Daban áspera vida y desaliento
por cielo y Dios y paz tus poesías.

Pero al ver que en lo eterno arde la brasa
de tu infinito Amor te he comprendido.
¿Por qué no fui un arbusto de tu casa
que al roce celestial de tu vestido,
sigiloso, como hoy tu sombra pasa,
devotamente hubiera florecido?